es límpida como el cristal y tanta su profundidad, que los grandes buques pueden abordar hasta su extremo en el centro de la poblacion y desembarcar sus mercancías en el muelle, poblado por elegantes habitaciones y vastos almacenes. Muchas calles de la ciudad se elevan escalonadas en una colina, y forman un hermoso anfiteatro rematado por el palacio del rey.

En la capital de Suecia hay mucha aficion á las ciencias y á las artes, de lo cual no son la única prueba las sociedades científicas y literarias, pues la mayor parte de los círculos no son otra cosa que reuniones que redundan en provecho de las artes y de la literatura, puesto que ellos constituyen el tema de casi todas las conversaciones. Los conciertos son tambien muy frecuentes y el teatro real está perfectamente dirigido: estas mismas y otras diversiones son, no sólo un estímulo para las artes, sino un medio de practicar la filantropía.

Para poder formarse una idea de la alegría y del movimiento que durante las fiestas de Navidad reinan en Estocolmo, es preciso ver la capital personalmente. En la víspera de las fiestas, empieza por la tarde la célebre feria de Navidad, que presenta un singular aspecto, á causa de sus innumerables antorchas, siguiendo luégo las carreras de patines y de trineos que se prolongan durante todo el invierno.

Si la vida social ofrece muchas diversiones en Estocolmo, no por esto están descuidados los sentimientos morales y religiosos; pues los templos están muy frecuentados y durante los domingos están tan llenos de fieles, que la muchedumbre se empuja hasta el umbral de la puerta. Algunas familias tienen la costumbre, durante el sábado, de consagrar algunas horas á prácticas religiosas y generalmente está muy en uso la plegaria por la noche.

El comercio de Estocolmo es de una gran importancia, y en su puerto se hacen casi todas las exportaciones é importaciones del reino, lo cual nos da una explicacion satisfactoria de la buena posicion de que gozan la mayor parte de los comerciantes que se hallan establecidos en esta capital. Pero en ningun país las familias que se dedican á especulaciones comerciales hacen mejor uso de sus riquezas; buena prueba de lo cual nos ofrece el gran número de fundaciones filantrópicas.

De todo cuanto hemos dicho acerca del aspecto general de Estocolmo puede desprenderse hasta qué punto contribuye su situacion á que se goce, en el mismo seno de la ciudad, de la contemplacion de todo aquello que puede embellecer un paisaje. Sus alrededores ofrecen aún más atractivos, pues donde quiera que se dirija la vista, sólo se ve un hermoso y vasto jardin, en el cual la naturaleza ha sobrepujado á todo lo que el arte podria combinar. Tan pronto se elevan majestuosamente murallas de rocas grises sombreadas por espesos pinos ó por el hermoso follaje de la haya ó por las ligeras ramas del abedul; como se ofrece á la vista un delicioso valle ó se eleva una colina cubierta de verdura, en la cual se desarrolla una arboleda floreciente: algunas veces la vista se extiende á lo léjos; en otras partes la perspectiva es más ó ménos reducida, más ó ménos dilatada, pero siempre digna de llamar la atencion.

LAS FRONTERAS DE FRANCIA

La Rochela

I

¡Las fronteras de Francia! ¡Qué mundo de agradables recuerdos evoca este solo título! ¿Dónde deberán comenzar y terminar nuestras reminiscencias? Si pasamos por las arenosas dunas y por las rocas de Picardía y Normandía, no debemos echar en olvido tampoco los eriales y brezos de Bretaña, ni los desgastados promontorios de Finisterre, el Fin de la Tierra en la Armórica, ni esos interminables pinares donde las suaves brisas susurran entre el oscuro follaje de los árboles, deslizándose ligeras hasta las arenosas orillas del Atlántico. Tambien deberíamos buscar esa grandiosa cordillera que, al parecer azulada cuando se ve desde léjos, elévase majestuosamente sobre la costa de Gascuña; y recorrer los impetuosos

torrentes á través de los valles del Pirineo, llegando hasta las cimas coronadas de nieve, en la frontera de España. Despues crucemos mentalmente los extensos pantanos del Ródano y las colinas pedregosas de Provenza, donde comienza otra region montañosa, rica en pintorescos paisajes y en recuerdos del pasado; desde aquí trasladémonos á los escarpados picos de los Alpes del Delfinado y de Saboya, y pasemos luégo á las mesetas y valles del Jura, para ver las redondeadas cimas y bosques de los Vosgos.

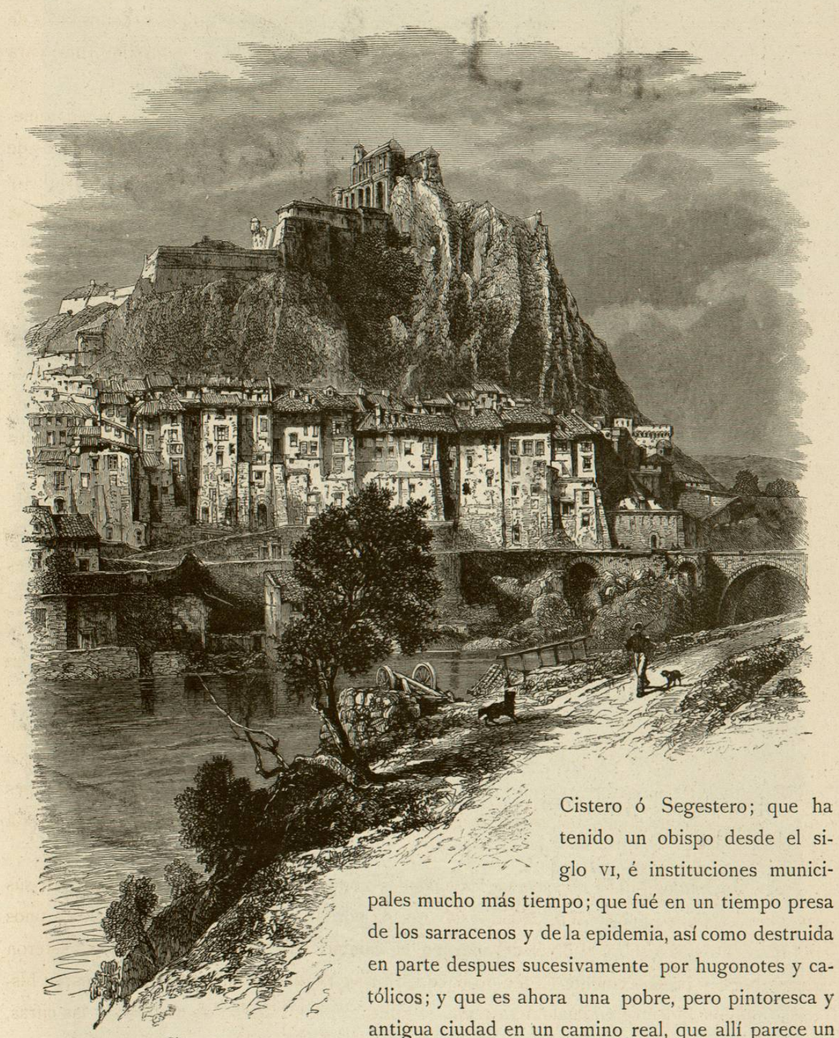
Como no podemos visitar ahora todos los puntos que hemos citado, ni áun la mitad, tomemos por ejemplo acá y allá algunos de ellos, comenzando por La Rochela. Para muchos de nosotros esta ciudad no es ahora más que un puerto de mar francés, pero hace dos siglos y medio era una fortaleza de los Hugonotes, y su caida fué la pérdida de su causa. Esto se debió indirectamente á Buckingham, el favorito de Cárlos I, que á la cabeza de una expedicion provocó á los habitantes á revolucionarse, atacando el castillo de San Martin. Este asalto se convirtió en una derrota, y al retirarse los ingleses por una estrecha calzada, para volver á sus buques, perdieron unos dos mil hombres. Buckingham hacia ya sus preparativos para dirigir otra expedicion, cuando el cuchillo de Juan Felton le libró del cadalso, al que probablemente hubiera acompañado á su señor. Despues de un bloqueo de catorce meses y de sufrir terribles pérdidas y los tormentos del hambre, la ciudad se rindió, y su caida dejó á los hugonotes á los piés del cardenal Richelieu.

Detengámonos ahora entre las pedregosas montañas de los Pirineos, junto á un torrente de Castillon, en el Ariege: nada más delicioso que estos ricos valles, que unas veces se estrechan, formando desfiladeros, y otras se ensanchan en prados, donde las acacias y otras flores exhalan sus perfumes; el bosque cubre las pendientes; las espesuras producen densas sombras; gigantescos brezos coronan las cimas de las rocas, y las cristalinas aguas de las corrientes saltan sobre los peñascos. Hé aquí una muestra de los cuadros que á cada paso vemos en los confines del Pirineo.

Cruzando el espacio con el pensamiento, llegaremos á Sisteron, ciudad fronteriza, que apénas puede llamarse así bajo el punto de vista territorial, aunque en cierto sentido merece legítimamente este nombre, porque rodea en parte las pedregosas cimas que franjean los Alpes del Delfinado, semejantes á su vez á un enorme bastion de la gran cordillera que separa á Francia de Italia.

Sisteron es una buena muestra de las ciudades comunes á esta zona, pintoresca por sus paisajes, venerable por su antigüedad, y favorecida por las bellezas naturales. Situada á unos mil quinientos piés sobre el nivel del mar, en el camino real de Marsella á Gap, Sisteron tiene ahora, y probablemente ha tenido hace varios siglos, unos cuatro mil habitantes; su historia, que puede leerse en cualquiera *Guía*, es aplicable, cambiando los nombres y las cifras, á otras varias localidades de esta region, y en cuanto á la ciudad misma, pocas palabras nos bastarán para describirla: está como suspendida en un valle, entre grandes rocas, y en un punto en que estas se unen sobre un torrente, de modo que apénas queda bastante espacio para una estrecha calle á cada lado entre la roca y el rio; una mole pedregosa, que domina el valle, parece haber sido indicada por la naturaleza para el establecimiento de un fuerte, desde

el cual se podia rechazar muy bien á un enemigo lejano aún, y resistirle cuando estuviese cerca. En cuanto á la historia de la ciudad, inútil nos parece decir que los celtas la habitaron, no se sabe cuánto tiempo, ántes de la llegada de los romanos, quienes la dieron el nombre de



Sisteron

Cistero ó Segestero; que ha tenido un obispo desde el siglo VI, é instituciones municipales mucho más tiempo; que fué en un tiempo presa de los sarracenos y de la epidemia, así como destruida en parte despues sucesivamente por hugonotes y católicos; y que es ahora una pobre, pero pintoresca y antigua ciudad en un camino real, que allí parece un anacronismo.

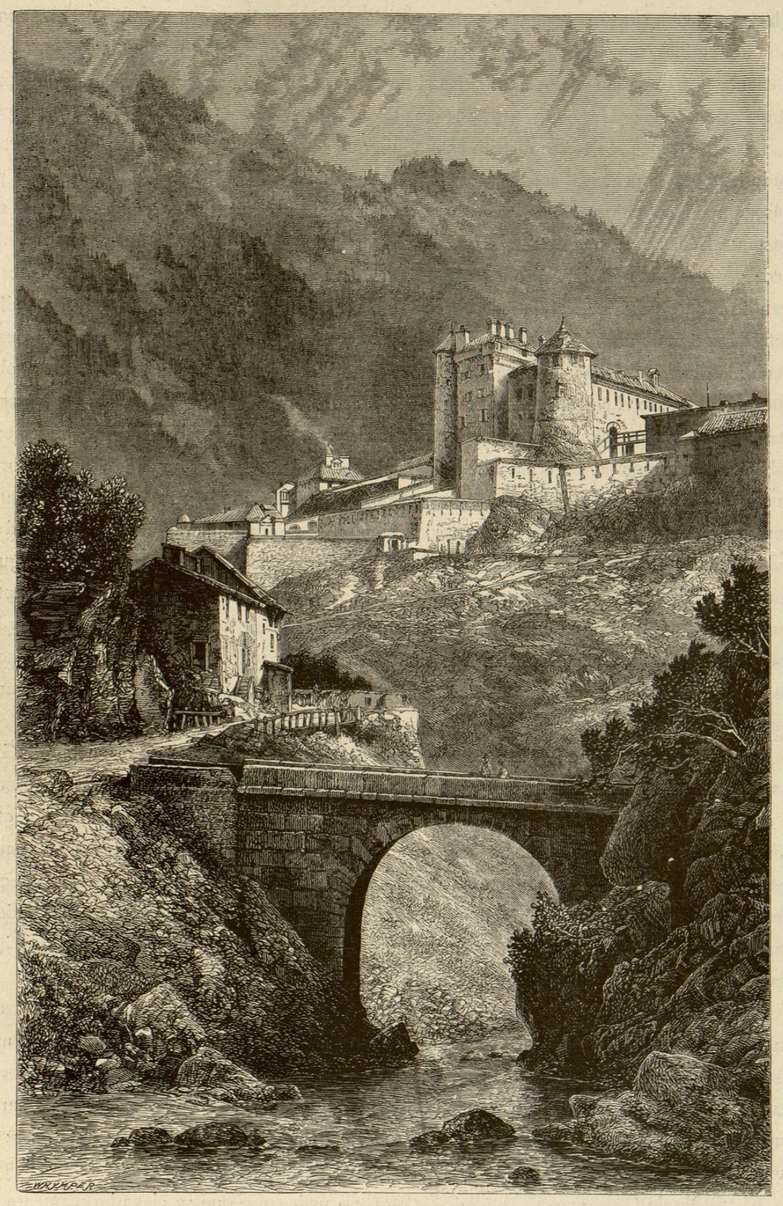
La cordillera principal de los Alpes, al sur del gran camino que conduce desde Brianzon á Susa, no es muy conocida de los viajeros. De vez en cuando, el recuerdo de la *vuelta gloriosa* de los vodenses puede atraer á algun estudiante de la Historia de la Iglesia á los valles

del Pellice, ó bien el Viso excitará á los que desean adquirir fama de emprendedores á escalar las rocas alpinas; pero aunque el número de visitantes aumenta poco á poco, este país fronte-

Punto culminante de los Vosgos

rizo de Francia é Italia sólo es conocido aún de algunos centenares de viajeros, que todos los veranos contemplan admirados la soberbia pirámide del Viso, que se eleva sobre las llanuras del Piamonte, y áun las mismas calles de Turin.

Los valles de la parte italiana son los que se llevan la palma como belleza de conjunto,



Castillo de Queyras